

donde construían la barricada, y como estaba segura de que Mario acudiría allí, lo mismo que acudía todas las noches á la cita, por no haber recibido la carta, se fué á la calle Plumet, esperó á Mario, y en nombre de sus amigos le dió el aviso de que fuese á la barricada. Contaba con la desesperación de Mario al ver que Cosette había desaparecido, y se engañaba. En seguida volvió á la calle de la Chanvrière, donde ya vimos lo que hizo Mario, con la alegría trágica propia de los corazones celosos, que arastran con su muerte al sér amado, diciendo:—"Nadie lo poseerá!"

Mario llenó de besos la carta de Cosette. Conoció que ella le amaba. Por un instante creyó que ya no debía morir; pero despues reflexionó y se dijo: "Cosette parte, su padre se la lleva á Inglaterra y mi abuelo me niega el permiso para casarme; continúa para mí la misma fatalidad." Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: enterar á Cosette de su muerte, enviándola el último adiós, y salvar de la catástrofe próxima que los amenazaba al muchacho que era hermano de Eponina é hijo de Thenardier.

Llevaba consigo la cartera, la misma en que escribió tantos pensamientos amorosos dedicados á Cosette; arrancó una hoja y escribió, con lápiz, estas líneas:

"Nuestro matrimonio es imposible. Mi abuelo se opone y me niega el permiso; yo nada poseo ni tú tampoco. Fui á tu casa y no te encontré: ya sabes la palabra de honor que te di: voy á cumplirla; moriré. Te amo. Cuando lleguen á tus manos estas líneas mi alma ya estará cerca de tí y te sonreirá."

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló el papel y le puso esta dirección:

A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.

En cuanto dobló la carta, quedó un instante pensativo; volvió á coger la cartera, la abrió y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas líneas:

"Me llamo Mario Pontmercy. Llévese mi cadáver á casa de mi abuelo el señor Gillenormand, que vive en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais."

Guardó la cartera en el bolsillo de la levita y llamó á Gavroche; el pilluelo acudió con rostro alegre y decidido.

—Quieres hacerme un favor?

—Todos los que queráis, le contestó

Gavroche; si no fuese por vos, á estas horas ya no podría estar en pié.

—Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal al momento de la barricada (Gavroche, inquieto, empezó á rascarse la oreja), y mañana la llevarás á su destino; á la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.

El muchacho heróico contestó:

—¡Pero en ese tiempo podrán tomar la barricada y yo no estaré aquí!...

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, según espero, y no la tomarán hasta el medio día.

El nuevo plazo que los agresores concedían á la barricada se prolongaba efectivamente: pasaba una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, á las que sigue terrible encarnizamiento.

—¿No podría llevar la carta mañana por la mañana?

—Entonces ya sería tarde. Bloquearán probablemente la barricada, cerrarán todas las calles y ya no podrás salir. Vete en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar: se quedó indeciso y rascándose la oreja. De pronto, con uno de esos movimientos de pájaro habituales en él, cogió la carta.

—Está bien, dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Una idea que le había ocurrido le decidió, pero no la espuso, temiendo que Mario se opusiese á ella. Esta idea era la siguiente:

—Apenas es media noche: la calle del Hombre-Armado no está lejos; llevaré la carta en seguida y aun volveré á tiempo.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

La calle del Hombre-Armado.

I.

Carta canta.

¿Qué son los motines de una ciudad comparados con las convulsiones del alma? En el hombre son más profundas aun que en el pueblo. Juan Valjean sentía en su interior violenta conmoción. Se volvía á abrir el abismo para

él y temblaba, como Paris, en el umbral de una revolución formidable y oscura. Pocas horas bastaron para que su destino y su conciencia se cubrieran de opacas nubes. Podía decirse de él, como de Paris: los dos principios se encuentran frente á frente; el ángel de la luz y el ángel de la noche van á luchar cuerpo á cuerpo en la orilla del abismo. ¿Cuál de ellos caerá? Quién será el vencedor?

La víspera de aquel día, Juan Valjean, con Cosette y la tía Santos, se instalaron en la calle del Hombre-Armado.

Cosette no salió de la calle Plumet sin oponer resistencia. Por primera vez, desde que vivían juntos, la voluntad de ésta y de Juan Valjean estaban en oposición; nunca hubo objeciones por parte de ella ni inflexibilidad por parte de él. La orden *cambiada de domicilio*, que dió un desconocido, alarmó á Juan Valjean hasta el extremo de convertirle en absoluto, porque se creyó descubierto y perseguido. Cosette tuvo que ceder.

Ambos llegaron á la calle del Hombre-Armado sin desplegar los labios, absorbido cada uno en meditación personal. Juan Valjean estaba tan inquieto que no veía la tristeza de Cosette, y Cosette tan triste que no veía la inquietud de Juan Valjean. Éste quiso que fuera también con él la tía Santos, que nunca abandonaba á Cosette durante las ausencias de su señor, previendo quizás que ya no habían de volver nunca á la calle Plumet.

En la mudanza, que casi era una huida, Juan Valjean solo llevó consigo la maletita olorosa que Cosette llamaba la *inseparable*. Para sacar otros bultos se necesitaban mozos de cordel, y éstos siempre hubieran sido testigos, por lo que mandó parar un coche en la calle de Babilonia y allí subieron en él, trasladándose á la calle del Hombre-Armado. Solo la tía Santos consiguió, con alguna dificultad, permiso para empaquetar alguna ropa blanca, vestidos y algunos objetos de tocador. Cosette se llevó su pupitre y su cartapacio. Juan Valjean no quiso salir del pabellón de la calle Plumet hasta la caída de la tarde, y por esto tuvo tiempo Cosette para escribir la esquelita á Mario.

Cuando llegaron á la calle del Hombre-Armado era ya completamente de noche, y al poco tiempo se acostaron silenciosos.

La nueva habitación estaba situada en un patio interior; era un segundo piso,

compuesto de dos alcobas, comedor y cocina al lado de éste, y además de un camaranchón, en el que había una cama de tijera, que destinaron para la tía Santos. El comedor era también recibidor, y separaba las dos alcobas: la habitación estaba dispuesta con todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud, porque así es la naturaleza humana: apenas entró Juan Valjean en la casa de la calle del Hombre-Armado, disminuyó su inquietud y fué disipándose por grados. Hay sitios tranquilos que obran mecánicamente sobre el espíritu. La calle era oscura, los vecinos pacíficos, y Juan Valjean sintió el contagio de la tranquilidad de aquella callejuela del Paris antiguo, tan estrecha y que estaba cerrada para el paso de los coches por una viga transversal, que sostenían dos estacas; que era sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, que tenía luz de crepúsculo al medio día, y que era incapaz de emociones, por decirlo así. Había en aquella calle cierto olvido estancado. Juan Valjean respiró. ¿Cómo era posible dar con él allí? Su primer cuidado fué poner el inseparable á su lado. Durmió bien. Dícese que la noche aconseja y puede añadirse que tranquiliza.

A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Parecióle bonito el comedor, que era feo y que estaba amueblado con una mesa redonda y vieja; con un aparador bajo, que tenía un espejo inclinado encima; con un sofá apolillado y algunas sillas, sobre las que descansaban los líos de ropa que trajo la tía Santos; en uno de ellos por una abertura se descubría el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

Cosette mandó á la tía Santos que le entrase caldo á su cuarto, y no salió de él hasta por la tarde. A las cinco, la tía Santos, que trajinaba ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor una ave fiambre, que Cosette, por deferencia á su padre, consintió en mirar: hecho esto, pretextando una jaqueca persistente, dió las buenas noches á Juan Valjean y se encerró en su alcoba. Juan Valjean comió un alon con apetito, y apoyado de codos sobre la mesa, serenándose poco á poco, fué recobrando su antigua seguridad. Mientras comía oyó confusamente que la tía Santos le decía:

—Señor, hay jarana en la ciudad; andan á tiros; están batiéndose en las calles,

Pero él, absorbido en sus ideas, no había caso, ó por mejor decir, no lo había oído. Se levantó de la mesa y comenzó á pasear desde la puerta hasta la ventana y desde la ventana hasta la puerta, cada vez más tranquilo. Al recuperar la calma volvía también á su imaginación Cosette, que era su único pensamiento; no porque le inquietase su jaqueca, que es dolencia momentánea, sino porque pensaba en el porvenir, y como siempre, pensaba en él con cariño y no veía ya ningún obstáculo para que su vida feliz recobrase su curso.

En ciertas horas todo parece imposible y en otras todo parece fácil.

Juan Valjean atravesaba una de esas horas faustas, que suelen venir después de las horas tristes, como el día después de la noche, por la ley de sucesión y de contraste que está en la esencia misma de la naturaleza y que los hombres superficiales, no sabiendo darlas nombre, las llaman antítesis.

En la calle pacífica donde se había refugiado se desprendía de todo lo que le inquietó durante algún tiempo: después de haber visto muchas sombras, empezaba á descubrir rayos de luz. Abandonar la calle Plumet sin haber mediado complicaciones ni incidentes era ya de buen agüero. Tal vez sería conveniente alejarse por una temporada de París é ir á Londres; pues bien, iría: ¿qué más le daba estar en Francia que en Inglaterra, teniendo á su lado á Cosette?

Cosette era su patria y le bastaba para su felicidad; porque la idea de que él no bastase para la felicidad de Cosette, esta idea, que en otro tiempo fué su pesadilla, ni siquiera se le ocurría ahora. Al ver el amortiguamiento de sus pasados dolores é inquietudes, se encontraba en pleno optimismo. Teniendo á su lado á Cosette le parecía que era suya, y este es un efecto de óptica que todo el mundo ha experimentado.

Con gran facilidad arreglaba el viaje á Inglaterra con Cosette, construyéndose él mismo su felicidad, no importaba dónde, en las perspectivas de su fantasía.

Mientras, cerniéndose sobre ilusiones, se paseaba lentamente de un lado á otro, sus miradas se fijaron en una cosa extraña.

Vió enfrente de él, en el espejo inclinado sobre el aparador, un papel, y leyó con claridad las líneas siguientes:

“Estimado mío: Ay! mi padre quiere que salgamos de esta casa en seguida.

Esta noche estaremos en la calle de Hombre-Armado, núm. 7, donde viviremos hasta dentro de ocho días, que nos iremos á Londres.

COSETTE.—4 de Junio.”

Juan Valjean se detuvo sobresaltado y atónito.

Cosette, al llegar á la casa, puso el cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía le dejó allí olvidado, sin pensar que le dejaba abierto precisamente por la hoja de papel secante sobre la cual se apoyó para secar la carta que escribió y que entregó al jóven que pasaba por delante de la verja de la casa de la calle Plumet.

Las líneas escritas se quedaron marcadas en el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura, resultando lo que se llama en geometría la imagen simétrica, de tal modo, que la escritura del revés en el papel se presentaba al derecho en el espejo, y de este modo Juan Valjean tenía ante sus ojos la carta que el día anterior Cosette escribió á Mario.

Esto era sencillo, pero terrible.

Juan Valjean se dirigió al espejo, volvió á leer lo escrito, pero no se atrevía á darle crédito; le parecía que aquellas líneas se las hacía ver su delirio; que aquello era una alucinación, una cosa imposible.

Poco á poco fué precisándose su percepción, se convenció de que lo que miraba era el cartapacio de Cosette y recobró el sentimiento de la realidad.

Examinó convulsivamente los renglones estampados en el papel secante, pero lo escrito del revés formaba tan confusos garabatos, que no encontró sentido.

Entonces dijo para sí:

—Esto nada significa; aquí no hay nada escrito.

Y respiró con indecible alivio.

¿Quién no ha tenido esas necias alegrías en momentos horribles? El alma solo se entrega á la desesperación cuando acaba de agotar todas las ilusiones.

Juan Valjean tenía el cartapacio en la mano y le contemplaba con feliz estupidez, casi dispuesto á reírse de la alucinación de que acababa de ser víctima.

De pronto sus miradas cayeron otra vez en el espejo, y otra vez se le presentó la visión. Aquellas líneas se dibujaban en el cristal con claridad inexorable. Ahora ya no la creyó ilusión: la reincidencia de una visión es una realidad; era un hecho palpable; era la escri-

tura de Cosette reflejada al derecho en el espejo.

Todo lo comprendió.

Juan Valjean, vacilante, soltó el cartapacio y se dejó caer en un sillón al lado del aparador, con la cabeza abatida y los ojos vidriosos y extraviados.

Conoció la evidencia; conoció que la luz del mundo se había eclipsado por siempre para él; comprendió que Cosette dirigió aquella carta á otro hombre, y entonces su alma, convertida en fiera, dió sordo rugido en la oscuridad. ¡Probad á quitar al león el perro que tiene en la jaula!...

Casualidad triste y extraña! En aquel momento Mario aun no había recibido la carta de Cosette, y ya la traidora fatalidad se la había dado á leer á Juan Valjean. Hasta ese día ninguna prueba pudo vencerle: se sometió á ensayos horribles; la desgracia fué pródiga con él; la ferocidad de la suerte, armada con todas las venganzas y con todos los desprecios sociales, le hizo su víctima encarnizándose en él; pero Juan Valjean ni retrocedió, ni se acobardó de nada; aceptando por necesidad todos los extremos, sacrificó su inviolabilidad de hombre reconquistada, entregó su libertad, arriesgó la cabeza, todo lo sufrió, todo lo perdió, y, sin embargo, había permanecido desinteresado y estoico, hasta el punto de poderle tomar por un mártir. Parecía inexpugnable su conciencia aguerrida contra todos los asaltos posibles de la adversidad; pero ahora, cualquiera que hubiese podido penetrar en su fuero interno, hubiera visto que flaqueaba. Es porque de todas las torturas que había sufrido, en el largo tormento á que le sometía el destino, ésta era la más temible. Jamás sintió tortura tan cruel. Ah! la prueba suprema, ó mejor dicho, la prueba única es la pérdida del sér amado.

El pobre anciano quería á Cosette como un padre, pero su paternidad se componía de todos los amores que nunca disfrutó en su vida solitaria; y amaba á Cosette como á hija, como á madre y como á hermana; como nunca conoció ni amante ni esposa, y como la naturaleza es un acreedor que no admite ninguna excusa, el sentimiento del amor, que es el más necesario, se mezcló en él con los otros, pero con la ceguedad de la pureza, espontáneo y celestial, más como instinto que como sentimiento, invisible, pero real. El amor, propiamente dicho, se encerraba en la ternura que sentía

por Cosette, como el filón de oro en la montaña, tenebroso y vírgen.

Entre ambos no era posible ninguna unión, ni aun la de las almas, y sin embargo, estaban enlazados sus destinos. Juan Valjean, en su larga vida, no pudo querer más que á Cosette. Las pasiones y los amores que se suceden no pudieron dejar en su vida los matices sucesivos del verde, ya claros, ya oscuros, que se ven en las hojas que han pasado del invierno y que se ven en los hombres que pasan de los cincuenta años. En una palabra; toda esa fusión interior, todo ese conjunto, cuya resultante era una gran virtud, concluía por convertir á Juan Valjean en padre de Cosette; padre formado extrañamente del abuelo, del hijo, del hermano y del marido; padre para quien era Cosette la luz, la morada, la familia, la patria y el paraíso.

Cuando vió que todo terminaba para él, que Cosette se le escapaba; cuando tuvo la evidencia terrible de que otro era el objeto de su cariño; cuando ya no pudo dudar, el dolor que le desgarró traspasó en él los límites de lo posible.

¡Sacrificarse como se sacrificó por Cosette para llegar á no ser nada para ella!

Se estremeció desesperadamente, rebelándose contra el destino; sintió despertarse en él el egoísmo y que el *yo* gritaba desde el abismo de su conciencia.

Suceden hundimientos interiores. La certidumbre de la desesperación no penetra en el hombre sin separar y romper ciertos elementos profundos que á veces constituyen al mismo hombre. El dolor, cuando llega á ese extremo, dá el salvo-se el que pueda á todas las fuerzas de la conciencia, y entonces se verifican crisis fatales; pocos salen de ellas semejantes á sí mismos y firmes en el cumplimiento del deber: al desbordarse el límite del padecimiento, se desconcierta la virtud más imperturbable.

Juan Valjean volvió á fijarse en las fatales líneas que escribió Cosette y quedó más completamente convencido que antes, quedando inclinado, petrificado y con la vista fija en aquella carta irrecusable.

Examinó aquella revelación con el aumento que le prestaba el delirio, con tranquilidad aparente y terrible, porque la tranquilidad del hombre nunca es tan espantosa como cuando éste llega á la frialdad de la estatua.

Midió el paso espantoso que había dado su destino sin que él lo sospechase; recordó que había disipado locamente sus temores del verano pasado; reconoció que se encontraba en el mismo precipicio, pero no á la orilla, como entonces, sino en el fondo, y había caído él, ¡cosa admirable!, sin notarlo. Cuando se había apagado toda la claridad de su vida, aun creía estar viendo la luz del sol.

Su instinto no titubeó; recordó algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y ciertas palideces de Cosette, y se dijo:

—Es él!

La adivinación que asalta al hombre desesperado es una especie de arco misterioso que siempre dá en el blanco.

Desde su primera suposición esperaba encontrarse con Mario; ignoraba su nombre, pero le conocía y le encontró; divisó con claridad, en el fondo de la implacable evocación del recuerdo, al desconocido rondador del Luxemburgo, al amante platónico, al vagabundo novelesco, á aquel imbécil cobarde, porque es una cobardía ir á poner los ojos en doncellas que viven con un padre que las idolatra.

En cuanto se convenció de que era el desconocido de Luxemburgo el que le arrebatara el cariño de Cosette, Juan Valjean, el hombre regenerado, el que tantos sacrificios arrostró por salvar el alma, el que tantos esfuerzos hizo por trocar toda la miseria y toda la desgracia de su vida en amor, miró dentro de sí mismo y vió en su interior agitarse un espectro: el odio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el decaimiento: desaniman. En la juventud su vista es lúgubre, pero en la vejez es siniestra. Si la desesperación es terrible cuando la sangre bulle, cuando el pelo es negro, cuando la rueda del destino conserva aun casi todo su espesor; cuando el corazón, lleno de vida, tiene latidos que pueden hacer que renazca; cuando aun existen para el hombre todas las mujeres, todas las sonrisas y todo el horizonte, ¿cómo será la desesperación en la vejez, cuando los años se precipitan cada vez más pálidos en esa hora crepuscular, en la que empiezan á divisarse las estrellas de la tumba?

Mientras en esto meditaba Juan Valjean, entró la tía Santos.

Juan Valjean se levantó y la preguntó:

—¿No me dijisteis que se estaban batiendo en las calles?

—Sí, señor. Hacia Saint-Merry.

Ciertos movimientos maquinales provienen, sin saberlo nosotros mismos, de nuestro pensamiento más profundo. Sin duda á impulsos de un movimiento de esta clase Juan Valjean salió á la calle antes de cinco minutos. Salió con la cabeza descubierta; se sentó en el escalón de la puerta de su casa y se puso á escuchar.

Era ya de noche.

II.

El pilluelo enemigo de las luces.

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuál fué el flujo y reflujo de su meditación trágica? Se reanimó, permaneció abatido? Se dobló hasta romperse? ¿Podía erguirse aun y afirmar su conciencia sobre algo sólido? Probablemente él mismo no sabría decirlo.

La calle estaba desierta y apenas le vieron algunos vecinos inquietos que entraban rápidamente en sus casas. En los momentos de peligro cada cual solo piensa en sí mismo. El farolero encendió, como todas las noches, el farol colocado precisamente enfrente de la puerta número 7 y se fué. El que en la oscuridad hubiera examinado á Juan Valjean no le hubiese creído vivo. Continuaba sentado en el escalón de la puerta, inmóvil como una estatua de hielo, porque el hombre desesperado tiene cierta congelación. Se oían el toque de rebato y rumores tempestuosos. En medio de las convulsiones de la campana, que se mezclaban con la gritería y tumulto del motín, el reloj de San Pablo dió las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato lo dá el hombre y la hora la dá Dios. Ningun efecto produjo en Juan Valjean el sonido del reloj; no se movió siquiera. Poco despues oyó violenta detonación por la parte de los Mercados; momentos despues estalló otra, más violenta que la primera: era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrière, que, segun vimos, rechazó Mario. Al oír las dos descargas, cuya furia parecía aumentar el estupor de la noche, Juan Valjean tembló; levantóse, mirando hacia el sitio de donde venía el ruido, y despues se dejó caer en el escalón, cruzó los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces continuó el tenebroso diálogo

que empezó antes á entablar consigo mismo.

Pasados algunos minutos levantó los ojos, creyendo que alguno andaba por la calle; cada vez oía más cerca los pasos: miró á la luz del farol, y por el lado de la calle que conduce á los Archivos descubrió una cara lívida, jóven y alegre.

Era Gavroche, que acababa de entrar en la calle del Hombre-Armado. Miraba con la cabeza alta y buscando. Veía perfectamente á Juan Valjean, pero no hacia caso de él. Gavroche, despues de mirar hacia arriba, miraba al suelo; iba de puntillas, tocando las puertas y las ventanas del piso bajo; pero todas estaban cerradas con barras y con cerrojos. Despues que reconoció cinco ó seis puertas cerradas del mismo modo, se encogió de hombros y exclamó:—Caracoles!

Volvió á mirar hacia arriba.

Juan Valjean, en la situación por que pasaba, un momento antes no hubiera preguntado ni respondido á nadie, pero entonces se sintió impulsado á hablar á aquel pilluelo.

—Muchacho, qué es lo que tienes?

—Hambre, le contestó secamente Gavroche.

Juan Valjean metió la mano en el bolsillo y le dió una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pertenecía á la familia de las neveras y pasaba con rapidez de un gesto á otro, acababa de recoger una piedra, porque había visto un farol.

—Calla! dijo. Aquí aun teneis faroles; estais muy atrasados. Esto es un desorden. Fuera el farol!

Le tiró la piedra y cayeron los vidrios rotos, con tal estrépito, que los vecinos escondidos trás de las cortinas de las ventanas de las casas de enfrente gritaron:

—Ya vuelve el Noventa y tres!

El farol osciló violentamente y se apagó: la calle quedó enteramente á oscuras.

—Así me gusta, calle vieja; ponte el gorro de dormir, dijo el pilluelo. Luego, volviéndose hacia Juan Valjean, le preguntó:—¿Cómo se llama el monumento gigantesco del final de la calle? Los Archivos, no es verdad? Pues me vendrían bien algunos pedazos de esas columnas bestiales para construir una barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche, y hablando consigo mismo decía entre dientes:

—Pobrecillo! tiene hambre!

Y le puso en la mano la moneda de cinco francos.

Gavroche levantó los ojos, asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la oscuridad y le deslumbró su blancura. Solo conocía de nombre semejantes monedas: quedó, pues, encantado cuando vió una, y se dijo:—“Voy á fijarme en el tigre.” Le examinó con éxtasis algunos instantes, y despues, volviéndose hacia Juan Valjean, le devolvió majestuosamente el napoleon, diciéndole:

—Ciudadano, prefiero romper los faroles. Tomad vuestro tigre, que á mí no se me compra, y aunque tiene cinco garras á mí no me araña.

—Tienes madre? le preguntó Juan Valjean.

—Tal vez más que vos, le respondió el pilluelo.

—Pues bien, le contestó Juan Valjean, guarda este dinero para tu madre.

Gavroche se conmovió. Además, notó que el hombre que le hablaba iba con la cabeza descubierta, y esto le inspiró confianza.

—¿Me lo dais para que no rompa los faroles?

—No; rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre, dijo el pilluelo, guardándose el napoleon en el bolsillo.

—Vivís en esta calle?

—Sí. Por qué me lo preguntas?

—¿Quereis enseñarme el núm. 7?

—Para qué quieres saber el núm. 7?

El pilluelo se detuvo: creyó haber dicho demasiado; se metió los dedos entre el pelo y contestó:

—Para saberlo.

De repente le ocurrió una idea á Juan Valjean; la angustia tiene momentos lúcidos. Le preguntó á Gavroche:

—¿Eres tú el que trae la carta que estoy esperando?

—Vos no sois mujer, le respondió el pilluelo.

—La carta es para la señorita Cosette, no es cierto?

—Cosette?... murmuró el muchacho; sí, sí... creo que es ese endiablado nombre.

—Pues bien, añadió Juan Valjean, debo recibir esa carta, para entregársela. Dámela.

—¿Entonces debeis saber que vengo de la barricada?

—Sin duda, contestó Juan Valjean.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un papel doblado.

Después hizo un saludo militar, diciendo: —Respeto el despacho, que viene del Gobierno provisional.

—Dámela, repitió Juan Valjean.

Gavroche, que tenía el papel en la mano por encima de la cabeza, añadió:

—No creáis que es billete amoroso: es para una mujer, pero es para el pueblo. Peleamos, pero respetamos al sexo.

—Dámela.

—Verdaderamente me pareéis un buen hombre.

—Vamos pronto!

—Tomad, y entregó el papel á Juan Valjean.

Después que estuvo en poder del padre de Cosette, éste preguntó:

—¿Hay que llevar la respuesta á Saint-Merry?

—Nada de eso; haríais un pan como unas hostias. Esta carta viene de la barricada de la Chanvrière, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto se fué, ó mejor dicho, voló como pájaro escapado, corriendo en camino de la barricada. La callejuela del Hombre-Armado quedó silenciosa y solitaria; en un momento el extraño muchacho, que tenía algo de la sombra y del sueño, se hundió en la bruma entre la fila de casas negras, perdiéndose como el humo en las tinieblas; y se hubiera podido creer que se había disipado completamente, si algunos minutos después el ruido de un vidrio roto y el estruendo de un farol que cayó al suelo no hubieran despertado otra vez á los indignados vecinos.

III.

Mientras Cosette y la tía Santos duermen.

Juan Valjean entró en su casa con la carta de Mario. Subió á tientas, alegrándose de la oscuridad que reinaba, como el buho que ha agarrado su presa; abrió y cerró la puerta con suavidad, escuchó por ver si oía algún ruido, y se aseguró de que, según todas las apariencias, Cosette y la tía Santos dormían; consumió tres ó cuatro pajuelas fosfóricas antes de poder encender la luz, porque tenía la mano temblorosa, porque había algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel y lo leyó.

Cuando nos dominan emociones violentas no se lee, se atropella la lectura, por decirlo así; se oprime el papel como

una víctima, se le estruja; se desea llegar al fin, se salta al principio, la atención es febril, comprende en conjunto lo esencial sobre poco más ó menos, se apodera de un punto y todo lo demás desaparece. En la carta que Mario dirigía á Cosette, Juan Valjean no se fijó más que en lo siguiente:

—“... Muero; cuando leas estas líneas mi alma estará á tu lado.”

Al leer lo antecedente sintió horrible deslumbramiento; se quedó un momento anonadado por el cambio de emoción que se verificaba en él; contemplaba la carta con asombro embriagador y se aparecía á su vista la muerte del sér que odiaba.

Dió un grito horrible, grito de alegría interior. Así terminaba su desesperación; el desenlace llegaba más pronto de lo que Juan Valjean esperaba. El sér que como un obstáculo se oponía á su destino desaparecía espontáneamente, sin culpa suya: Mario iba á morir, quizás había muerto ya. Entonces empezó á reflexionar.—“No, se dijo, no ha muerto. Es indudable que esta carta se ha escrito para que Cosette la lea mañana por la mañana; después de las dos descargas que he oído esta noche, ha cesado el fuego, y no atacarán formalmente la barricada hasta el amanecer; pero es igual: desde el momento en que “ese hombre,” se ha metido en la insurrección, está perdido.” Juan Valjean se creía desembarazado de él; volvería á ser el cariño exclusivo de Cosette, cesaban de hacerle competencia, lucía otra vez para él el deseado porvenir. Solo guardando la carta en el bolsillo, Cosette no sabría ya nunca qué había sido de aquel hombre. —“No hay más que hacer que dejar correr los sucesos, se decía; ese hombre no puede escapar. Si no ha muerto, es seguro que morirá. Qué felicidad!”

Después de decir lo antecedente se quedó sombrío; bajó y llamó al portero.

Una hora después, Juan Valjean salía de su casa vestido de guardia nacional y armado.

El portero encontró en la vecindad fácilmente con qué completar su equipo. Llevaba el fusil cargado y la cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hácia el Mercado.



IV.

Los excesos de celo de Gavroche.

Entre tanto al pilluelo le sucedió una aventura.

Después de apedrear el farol de la calle de Channe, llegó á la de Vieilles-Handriettes, y viéndola desierta, creyó que era aquella buena ocasión para entonar una de sus canciones. Cantando llevaba el paso más acelerado.

Mientras andaba siguiendo la fila de casas, aterradas ó dormidas, echó al aire las siguientes coplas:

*Murmura un pajarillo
que ayer, Atala,
se marchó con un ruso
como escapada.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*Mucho charlas, Perico,
porque hizo Mila
que sabiera á la reja
el otro día.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*Las pícaras graciosas
tienen un tósigo
capaz de dar á Orfila
veinte soponcios.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*En amorosas riñas
Inés y Petra,
si entrambas se combaten,
á mí me queman.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*Al ver yo con mantillas
á Clea y Juana,
el alma se me enreda
entre sus randas.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*No cubras á Dolores,
Amor, de rosas;
mira que me condenas
viendo así á Lola.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*Mi corazón, volando,
se escapó un día,
mientras Julia al espejo
se componía.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

Gavroche cantaba haciendo gestos pantomímicos; el gesto es el punto de apoyo del estribillo de la canción, y el rostro del pilluelo era inagotable repertorio de carátulas, y hacía gestos más convulsivos y fantásticos que las bocas de un lienzo agujereado mientras sopla el vendaval.

Como estaba solo y era de noche, ni veía ni le veían.

De repente cesó de cantar y se paró.

Acababa de divisar en el hueco de una puerta-cochera lo que se llama en pintura un grupo; es decir, un sér y una cosa; la cosa era un carreton de mano y el sér un auvernés, que dormía tendido en él. Los brazos de la carreta estaban apoyados en el suelo y la cabeza del auvernés en la tabla del carreton.

Tenía el cuerpo encogido en aquel plano inclinado y tocaba el suelo con los piés.

Gavroche, con la experiencia que había ya adquirido en ciertas cosas, conoció que estaba borracho.

Sin duda era algún mozo de esquina que había bebido demasiado y dormía demasiado también.

—Véase, pensó Gavroche, para lo que sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carreta; pues yo cojo el carreton para la República y dejo al auvernés para la monarquía.

Le ocurrió de pronto que el carreton estaría muy bien en la barricada.

El auvernés roncaba.

El pilluelo sacó suavemente el carreton por detrás y al auvernés por delante, es decir, por los piés, é instantáneamente el pobre hombre estuvo tendido en el suelo.

Quedó libre de él el carreton.

El pilluelo, acostumbrado á hacer frente en todas las ocasiones á lo imprevisto, todo lo llevaba siempre encima; metió la mano en un bolsillo, sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo, robado á algún carpintero, y escribió:

“REPÚBLICA FRANCESA.

Recibi tu carreton.”

Y firmó:

“GAVROCHE.”

Hecho esto, metió el papel firmado en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que impertérrito seguía roncando; cogió el carreton y partió hácia el Mercado, empujando el vehículo al galope y alborotando, satisfecho de su triunfo.

Esto era peligroso, porque en la Imprenta Real había un cuerpo de Guar-

dia. Gavroche no lo recordó. Aquella guardia la servian nacionales de las afueras, que se despertaban y levantaban la cabeza en las camas de campaña. Romper faroles á pedradas y cantar á grito pelado eran cosas graves en calles tan miedosas, en las que los vecinos se acuestan al ponerse el sol.

Hacia una hora que el pilluelo metia en el barrio el alboroto que un moscardon dentro de una botella. El sargento jefe de la guardia lo oia y esperaba: era hombre prudente.

El extrépito que al rodar movia el carreton colmó la calma del sargento y determinó salir á hacer un reconocimiento.

—Vendrá toda una partida! exclamó. Vayamos con tiento.

Para él era claro que la hidra de la anarquía habia salido de su agujero y se paseaba por el barrio.

El sargento se aventuró á salir del cuerpo de guardia sin mover el menor ruido.

De pronto, cuando el pilluelo empujaba el carreton para desembocar en la calle de Vieilles-Handriettes, se encontró frente á frente con un uniforme, un chacó y un fusil. Entonces se paró.

—Calla! Es él! ¡Buenas noches, orden público! dijo.

En Gavroche el asombro era breve; le pasaba en seguida.

—A dónde vas, granuja?

—Ciudadano, le contestó Gavroche, yo no os he llamado señor; ¿por qué, pues, me insultais?

—A dónde vas, renacuajo?

—Ayer tal vez seriais un hombre de talento, pero lo habeis perdido hoy.

—Te pregunto que á dónde vas, tu nante.

—Vaya un modo de hablar!

—Dime dónde vas, bandido!

—Eso son palabras de mal educado: la primera vez que os den de mamar que os limpien mejor la boca.

El sargento caló la bayoneta

—Me dices dónde vas, miserable?...

—Mi general, contestó el pilluelo, voy á buscar comadron para mi esposa, que vá de parto.

—A las armas! gritó el sargento.

Salvarse con lo mismo que causa la perdicion es lo sublime de los hombres fuertes: Gavroche midió de una ojeada la situacion; el carreton le habia comprometido, pues el carreton debia protegerle. En el momento de caer el sargento sobre el pilluelo, el carreton, convertido

en proyectil y lanzado con fuerza, cayó sobre el sargento, y dándole en medio del vientre le tiró boca arriba en el arroyo, al mismo tiempo que su fusil se disparaba en el aire.

Al oír el grito del sargento salieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de guardia; el tiro fué seguido de una descarga general al acaso, despues de la que cargaron los fusiles y empezaron otra vez á hacer fuego. Duró éste un cuarto de hora y mató algunos cristales.

Entre tanto Gavroche, que retrocedió corriendo, se paró cinco ó seis calles más allá, y se sentó sofocado en el guardacanton de la esquina de la calle de los Niños Rojos.

En cuanto descansó un momento se volvió hácia el sitio donde sonaban los tiros, levantó la mano izquierda á la altura de la nariz y la extendió tres veces hácia adelante, golpeándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en el que la pillería parisiense ha condensado toda la ironía francesa, y que es evidentemente eficaz, puesto que dura ya medio siglo.

Amarga reflexion turbó la alegría de Gavroche.

—Sí, dijo; me desternillo de risa, reimiento de gozo, pero pierdo camino y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal de que llegue á tiempo á la barricada!...

Emprendió otra vez la carrera y volvió á cantar, atravesando rápidamente las calles, y su voz fué extinguiéndose en la oscuridad:

*Como quedan Bastillas
y otros presidios,
derribarlos ahora
es ya preciso.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*A los bolos juguemos,
que ya el gran bolo,
el mundo antiguo y viejo,
se hundió del todo.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*El Louvre á linternazos
rompe ya el pueblo,
como la monarquía
que está allí dentro.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

*Quitándole el apoyo
á Carlos diez,*

*hasta el suelo rodando
vino á caer.
Dónde van las niñas lindas?
lon, la...*

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de tener resultado. Conquistaron el carreton é hicieron prisionero al auvernés borracho. Al primero lo embararon y el segundo fué acusado despues ante un Consejo de guerra como cómpli-

ce: el ministerio público dió pruebas en esta ocasion de infatigable celo por defender á la sociedad.

La aventura de Gavroche, que vive en la tradicion del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria "Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la Imprenta Real."